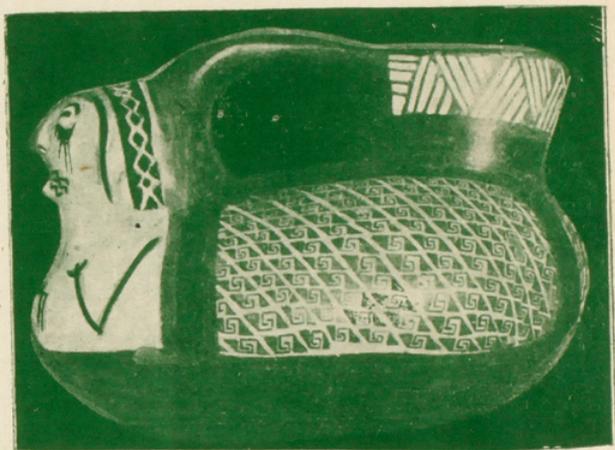


Publicaciones de la Sociedad Arqueológica de La Serena.— Boletín N.º 5



- 1.º F. L. Cornely — Prehistoria del Territorio Diaguita—chileno.
- 2.º Herbert Hornkohl. — Un idolo lítico hallado en Tilama.
- 3.º Jorge Iribarren Ch. — La Urna de Chellepin y algunas correlaciones arqueológicas.
- 4.º Prof. John Rowe. — Comentario sobre un artículo del Boletín N.º 4 sobre influencia incaica en la alfarería diaguita chilena.
- 5.º Nota bibliográfica.

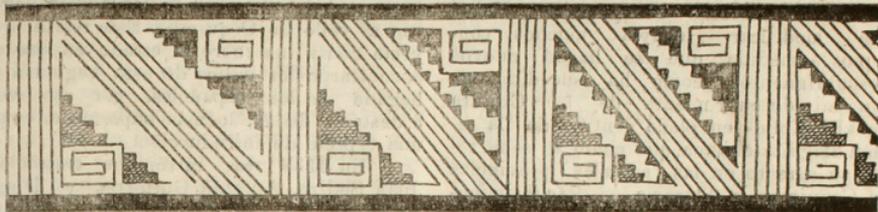
SOCIEDAD ARQUEOLÓGICA DE LA SERENA

Fundada el 16 de Junio de 1944.— Personería Jurídica 26—V—1945

Dirección postal: La Serena, (Chile) Casilla 125

DIRECTORIO EN 1950

Presidente: señor Eliseo Peña A. P.
Vice. Pres. Dr. Carlos Toro G.
Secr. y Dir. Técnico señor F. L. Cornely
Tesorero señor Luciano Fernández B.
Directores " Luis Pineda
" Herman Stack
" Alejandro Carmona
" Elías Espoz
" Jorge Iribarren Ch.
" Rodolfo Wagenknecht
Dr. Ricardo Schwenn



Prehistoria del territorio Diaguita chileno

(Provincias de Coquimbo y Atacama). Conferencia dictada por el Sr. Francisco Cornely, durante la Escuela de Temporada, auspiciada por la Universidad de Chile, en Septiembre de 1950.

Quando Barros Arana escribió su Historia de Chile, hacia el año 1884 nos pintó a los indios chilenos poco menos que salvajes. Puso los indios fueguinos en la misma rama etnológica con los demás indios chilenos y estimaba, que constituían una sola familia. Los adelantos que se encontraron entre los indios del Norte y Centro del país los atribuyó exclusivamente a los Incas.

En los 65 años transcurridos desde entonces los conceptos han cambiado, gracias a las investigaciones arqueológicas.

El gran arqueólogo Max Uhle, en el Norte, con sus excavaciones en Arica, Pisagua, Calama y otros puntos, desenterró la cultura Atacameña que es mucho anterior al Imperio de los Incas y se extendió en Chile por las actuales provincias de Tarapacá y Antofagasta. Luego don Ricardo E. Latcham y el Dr. Aureliano Oyarzún

siguieron y completaron esa labor arqueológica y fueron descubriendo sucesivamente otras culturas donde antes se había creído que había solo salvajes y poco a poco, la prehistoria del suelo chileno tomó una cara nueva.

En el extremo sur el Padre Martín Gusinde logró estudiar a las tribus fueguinas, poco antes de su desintegración como entidades étnicas y se pudo establecer que no eran «familia» con sus congéneres del Norte, sino que aparecen desvinculados con las demás razas americanas.

Hemos citado a los cuatro grandes de la arqueología chilena, Uhle, Latcham, Oyarzún y Gusinde, pero hay que advertir que estos notables exploradores deben considerarse sólo como precursores. Son tan complejo los problemas arqueológicos, que aún falta realizar muchos trabajos hasta poder fijar rasgos y datos definitivos.

vos de las culturas desaparecidas. Habrá que modificar todavía muchos conceptos a medida que se hagan nuevos descubrimientos como ha sucedido ya con mi descubrimiento de la Cultura de «El Molle» en pleno centro de la región diaguíta chilena, que como se sabe, tenía su asiento en las actuales provincias de Coquimbo y Atacama, — descubrimiento que permitió identificar el pueblo que usó en Chile la tembetá y la cachimba de piedra de dos brazos y depósito central.

Hoy voy a concretarme a hacer un bosquejo de la prehistoria de las actuales Provincias de Coquimbo y Atacama, según el estado de nuestros conocimientos y basados principalmente sobre los estudios propios durante más de 15 años en esta región.

Los españoles encontraron en América tres culturas adelantadas y florecientes: En México, la de los Aztecas, en Centro América, la cultura de los Mayas y en el Perú a los Incas. Existió otro pueblo de cultura adelantada en América, del cual encontraron sólo sus restos arqueológicos: los grandiosos monumentos megalíticos de Tiahuanaco cuyos orígenes se pierden en las brumas de un misterioso pasado, hasta ahora inescrutable.

Fuera de estas culturas adelantadas existían otras culturas de mediano desarrollo, como la de los Chibchas en Colombia, la de los Diaguitas en el Noroeste Argentino y la de los Atacamas y de los Diaguitas chilenos en el Norte de Chile. Estos últimos ocuparon el territorio que forman hoy las provincias de Coquimbo y Atacama.

No podemos abarcar aún todo lo que concierne a la prehistoria de estas provincias, porque falta mucho que investigar, pero estamos en situación de conocer, a través de los estudios arqueológicos, a los pueblos que han vivido en este territorio, en tiempos prehispanos, y por deducciones lógicas podemos reconstruir muchos trazos del pasado de estos pueblos, que, aunque no forman la prehistoria en el verdadero sentido de la palabra, pueden servir de base y quizás de esqueleto para las futuras investigaciones.

Los historiadores españoles casi no mencionan a nuestros indios del Norte. Uno de los poquísimos relatos que se refieren a los indios de Coquimbo y Atacama es el de Mariño de Llovera, que cuen-

ta como los tres primeros españoles llegaron al valle de Coquimbo. Este relato proyecta cierta luz sobre el estado en que se encontraron los indios de esta región a la llegada de los españoles, por eso voy a destacar de él, lo más importante, como una especie de introducción.

En 1535 tres intrépidos españoles, Juan Sedizo, Antonio Gutierrez y Diego Pérez del Río recibieron orden de su cuartel general en Cuzco de ir a Tupiza (Bolivia) para interceptar el convoy del tributo, que los indios de Chile tenían que mandar ese año al Inca. La expedición de Almagro ya estaba en preparación y se quería evitar que el tributo cayera en manos de los antiguos amos del Perú.

Como los tres españoles no encontraron en su trayectoria el convoy con el tributo, se dejaron conducir por pérfidos guías, de seguir a Chile por el despoblado de Atacama, llegando al valle de Copiapó, después de las consiguientes penurias sufridas en el desierto, cuya extensión calculaban en 120 leguas.

Aquí fueron bien recibidos y atendidos y uno de ellos, Juan de Sedizo, que hacía de cabo y que se había hecho muy práctico en la lengua quichua, dió a los habitantes noticias de los sucesos del Perú y de la próxima marcha de la expedición de Almagro hacia este país.

De aquí hicieron lo mismo en el valle del Huasco y enseguida en el de Coquimbo.

Las noticias de que eran portadores estos hombres tan extraños para los indios, hicieron creer a éstos, que los españoles venían animados para ayudarlos y librarlos del tributo del Inca, tanto mas que le dijeron que en la expedición que iba a venir, vendrían varios miembros de la casa real del Inca (el gran sacerdote Villac Umo y el príncipe Paulu Tupac). Todo esto había contribuido para que los tres animosos soldados españoles se captaran la benevolencia de los nativos, ofreciéndose estos a esperar a los españoles como amigos a cuyo afecto juntaron CUATRO MIL FANEGAS DE MAIZ, MATARON OTROS TANTOS HUANACOS DE LOS CUALES HICIERON CHARQUI Y 15 000 PERDICES DE LAS CUALES HICIERON CECINAS, ETC...

Como la expedición de Almagro tardara en llegar, los tres soldados resolvie-

ren escribir cartas por duplicado, imponiéndole a Almagro de todo lo que habían hecho para su expedición. Dos de ellos salieron con las cartas, quedando el tercero en el valle de Coquimbo. Calculando que la expedición de Almagro había de tomar uno de los dos únicos caminos que conducían a Chile, uno de los soldados se metió al desierto, siguiendo la vía construida por el Inca y colocó la carta en lugar donde pudiese ser vista y el otro atravesó la Cordillera y la fué a colocar en el camino a Tucumán, esta última fue la que encontró Almagro antes de cruzar la Cordillera. Vueltos los ginetes de colocar las cartas, se unieron en Copiapó y juntos siguieron a Coquimbo donde los esperaba el tercero, pero como los meses pasaron sin que llegase la expedición que ellos habían anunciado y para la cual habían hecho a copio de víveres, el cacique Anien, Gobernador de Coquimbo y el cacique Mercandíe, creyendo haber sido burlados por los españoles, acordaron darles muerte, en cuyo acto tuvieron participación algunos jefes del valle de Copiapó.

Por fin, después de increíbles penurias llegó la expedición de Almagro a Coquimbo, donde fué bien recibida por los indios y por el cacique gobernador. Almagro pudo averiguar todo lo referente a la muerte de los tres soldados españoles, pero esperó un momento propicio para vengarlos, entrando entretanto en muy buenas relaciones con los indios, de los cuales sin embargo desconfiaba, porque los indios peruanos que le acompañaban le habían abandonado.

Pronto se presentó una ocasión para efectuar la venganza, llegaron a reunirse los destacamentos que había dejado en Copiapó y en Huasco trayendo algunos indios comprometidos en la muerte de los tres ginetes. Almagro, aparentando desentender e del crimen ejecutado, ordenó sólo que los vigilaran.

Una noche en que los españoles se creían ya libres de temor, descubrióse una conspiración para incendiar la tienda del adelantado, resuñando culpable el cacique Mercandíe y 30 indios más, entre los cuales se encontraron los que habían dado muerte a los tres ginetes, Sedizo, Gutiérrez y Pérez del Río.

Tremenda fué la venganza del conquistador Almagro: ante el pabellón de

Castilla erigióse en Coquimbo una pira y sin piedad alguna fueron arrojados a las llamas los treinta indios y sus caciques.

Este relato de Llovers nos demuestra que los primeros españoles que pisaron suelo chileno encontraron en Atacama y Coquimbo indios organizados que disfrutaban de bienestar, ya que fueron capaces de juntar en corto tiempo grandes cantidades de víveres, y en segundo lugar, nos da a entender que en los valles de Copiapó, Huasco y Coquimbo habían gobernadores incaicos o núcleos peruanos con los cuales Sedizo pudo entenderse en el idioma Quichua.

Nuestras investigaciones arqueológicas nos han permitido determinar los puntos de asiento de gobernadores peruanos, en Copiapó y en el valle de Coquimbo, donde hemos podido localizar dos cementerios incasicos cerca de Altovalsol (valle de Elqui) lugar que probablemente ha sido el escenario de lo relatado por Llovers.

Ahora ¿Quiénes eran estos indios?

Felizmente los antiguos pobladores de Coquimbo y Atacama nos han dejado las muestras de sus adelantos culturales en múltiples objetos arqueológicos que constituyen su ajuar funerario, especialmente en su alfarería artísticamente dibujada que es sin duda la más hermosa que se ha encontrado en suelo chileno, esta alfarería es, por su decoración a base de dibujos geométrizantes, aplicados con maestría y arte a sus tientos de greda, sobresaliente en su clase.

Conocían estos indios la metalurgia, tuvieron herramientas y artefactos de cobre y de bronce: a lo lejos encontramos también algún adorno de oro y de plata; tallaron en hueso y probablemente también en madera que por el clima húmedo no se ha conservado, igual que los tejidos.

La arqueología ha podido establecer, que estos indios tenían una cultura propia que se ha desarrollado mucho antes de la dominación por los Incas, de los cuales ha recibido algunas influencias durante el corto tiempo que estos dominaron en Chile.

Por cierta semejanza de los objetos culturales de estos indios y también por analogías en la nomenclatura geográfica etc., con las antiguas provincias Diaguitas Argentinas, don Ricardo E. Latcham, Director del Museo Nacional de Santiago (Chile) propuso el nombre de Diaguitas

chilenos para los indios de Coquimbo y Atacama, nombre que se ha generalizado.

Los Diaguitas chilenos poblaron los valles fértiles de Copiapó, Huasco, Elqui, Limarí y Choapa, como también el litoral y todos los pequeños valles desde el mar hasta la Cordillera. Las tribus que vivieron al interior se dedicaron de preferencia a la agricultura y a la crianza, como también a la caza, mientras que los indios que se aycendaron en la Costa se dedicaron principalmente a la pesca y recolección de mariscos para lo cual disponían de redes, anzuelos de cobre y arpones, usando las balsas de cueros de lobos inflados para salir a alta mar.

Entre los indios de la Costa y del interior debe haber habido un intercambio de productos, porque encontramos conchas de mariscos y restos de pescado en las sepulturas, hasta en los apartados valles cordilleranos.

Sus sepulturas en la última época, antes de la llegada de los Incas, eran cistas de piedras lajas, hechas con mucha habilidad. Los restos óseos indican una raza de buena contextura y en la cual no eran escasos individuos de alta estatura. La dentadura en la costa era perfecta, encontrándose muy rara vez dientes o muelas careadas. Los cráneos de estos indios son braquicéfalos, de los cuales un 7 a 8% han sufrido la deformación antero-posterior.

¿De dónde vinieron y cuándo aparecieron estos indios en estas tierras? Son preguntas que aún no podemos contestar con fijeza. Latcham, basado en la cronología de Max Uhle, cree que han llegado entre el año 500 a 900 de nuestra era, desde el Noroeste de la Argentina. Aceptamos provisoriamente esta tesis, porque podemos comprobar que estos indios han vivido un largo tiempo en esta parte de Chile, lo que podemos constatar por la evolución de su alfarería que ha evolucionado desde formas primitivas y decoraciones sencillas hasta alcanzar formas artísticas con decoración menuda y dibujada con una técnica sorprendente. Su desarrollo, hasta llegar a la perfección de los últimos años antes de la llegada de los peruanos, debe haber necesitado un largo tiempo.

Dividimos la evolución de la alfarería dibujada de este pueblo en cuatro etapas. **la arcaica, la de transición, la clásica y la de influencia incaica.** Cuantos años habrá du-

rado cada etapa es difícil decir, seguramente la evolución al principio fué muy lenta y hacia las etapas finales, cuando ya dominaron la técnica en mayor grado, era más rápido, pero intervienen otros factores en el desarrollo que trataremos de analizar.

Las diferentes etapas que ha pasado la alfarería diaguita—chilena se perfilan nitidamente. Las influencias que aparecen sucesivamente nos servirán para seguir el paso del desarrollo de este pueblo.

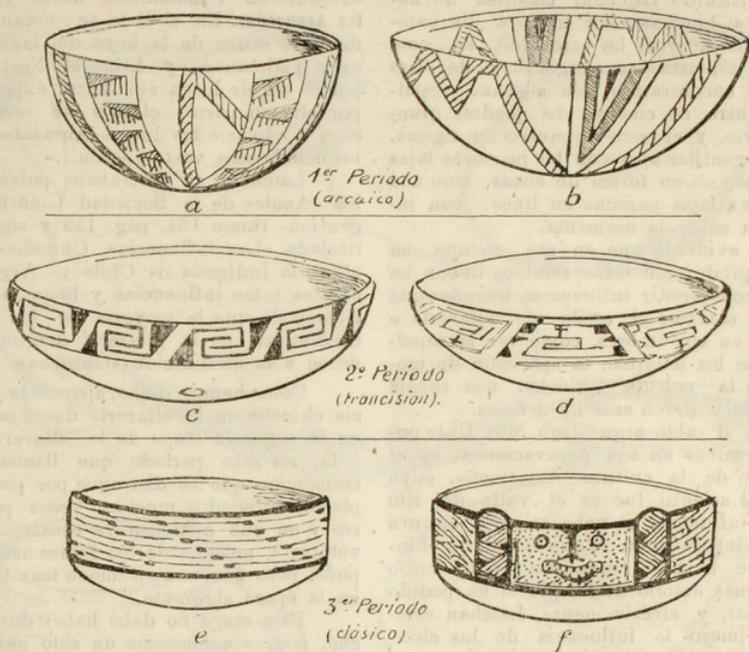
No aparece una precultura o época primitiva, sino, encontramos en su gentilizar, (así llaman los cementerios indígenas) más antiguo conocido hasta la fecha, una cultura con alfarería pintada que denominamos «arcaica» y restos de elaboración de cobre. Me refiero al cementerio que tuvo la suerte de encontrar en la Quebrada de Las Animas, cerca de Altovalsol, en el valle de Elqui.

En este gentilizar los huesos se habían desintegrado en gran parte. La alfarería constaba de algunos cantaritos y ollas rústicas, algunos de los cantaritos eran de forma alargada hacia adelante con un aza atrás tal como los encontramos en sus enterratorios posteriores, y una serie de platos semiglobulares con dibujos interiores, de líneas gruesas que forman figuras geométricas y que tenían generalmente por el lado exterior una línea o franja dibujada angosta, cerca del borde; a veces el mismo dibujo interior se aplicaba también en el exterior del plato. Los colores eran rojo, como color de fondo y usado también en el dibujo, blanco y negro. En los más antiguos, aquellos que se encontraban en sepulturas donde los huesos ya se habían desintegrado, los colores eran rojo, amarillo y negro.

Los dibujos que adornan estos platos son tan distintos a los de las etapas siguientes, que al no haber encontrado también en otros cementerios diaguitas, platos del mismo estilo y lo mismo cántaros de uso doméstico, habríamos creído que se trataba de una cultura distinta. Pero en el mismo cementerio de Las Animas encontramos las pruebas y los principios de su evolución hacia la siguiente etapa, que llamamos de transición. De esta etapa de transición encontramos un cementerio a una distancia de unos dos kilómetros del anterior, al otro lado del río.

En este gentilizar de transición que se encuentra en el fundo «Altovalsol» de D.

ILUSTRACION I



La evolución del plato Diaguita-chileno anterior a la influencia incaica

1.er Período (arcaico)— Platos semiglobulares o de corte redondo con dibujos en rojo, negro y amarillo, que hacia fines de ese período fué reemplazado por el blanco.

Los dibujos en ese período eran gruesos con motivos que se reproducen en las ilustraciones III, IV y V.

2.o Período (transición)— Los platos conservan su corte perpendicular redondo pero son mas planos que en el período anterior, en el centro del fondo por el lado exterior tienen generalmente una pequeña hendidura circular como si se habrían apoyado sobre un objeto que puede haber sido la yema del dedo pulgar, para hacer girar el plato durante la fabricación.

Los dibujos son diferentes en su mayor parte a los del período anterior y aparecen variados temas de la alfarería «chíncha». Ilustr. V.

3.er Período (clásico)— Aparecen los platos con paredes perpendiculares, el dibujo es siempre en los colores rojo, negro y blanco y llega a una gran nitidez y perfección. Ilustración VI y VII.

Ernesto Munizaga, aparecen por primera vez motivos en el dibujo de la alfarería, que D. Ricardo Latcham clasifica de netamente «Chincha». La manera de enterrar a sus muertos ha cambiado, en este gentilar, mientras en el gentilar de Las Animas encontramos solo algunas sepulturas dentro de cuadros de piedras grandes de río, y el resto sin protección alguna. En este gentilar aparecen las primeras lajas graníticas, no en forma de cistas, sino una sola o dos lajas paradas en línea, con inclinación sobre la osamenta.

Es evidente que en ese tiempo en que se produjeron estos cambios deben haberse hecho sentir influencias extrañas que hicieron cambiar el estilo de alfarería e innovar en costumbres, cómo ser la sepultación de los muertos, la aparición de motivos de la cultura Chincha, nos señala de donde vinieron esas influencias.

Ya el sabio arqueólogo Max Uhle pudo determinar en sus excavaciones en el territorio de la cultura Atacameña, cuyo principal asiento fué en el valle del Río Loa, la influencia chincha en esa cultura expresa intuitivamente, que la cultura chincha debe haberse extendido en un radio mucho más amplio de lo que él ha podido comprobar, y efectivamente, Latcham establece primero la influencia de los chinchas en la alfarería diaguita chilena en forma amplia.

Es entonces probable que el primitivo pueblo cuyos restos encontramos en Las Animas y en otros puntos de la provincia de Coquimbo ha recibido una influencia directa, probablemente por la invasión y es también probable que ese pueblo invasor, los Chinchas, se ha mezclado con los primitivos habitantes, imprimiéndoles nuevos rumbos, porque en lo sucesivo vemos aparecer en su alfarería la mayoría de los motivos decorativos de esta cultura.

Uhle en su cronología asigna a la civilización chincha-atacameña el período desde 1109 hasta 1350 de nuestra era. Podemos tomar también como base este período para la influencia chincha-diaguita pero con la prolongación hasta la llegada de los Incas, más o menos en la última parte del siglo XV.

Este mismo autor (Uhle) después de sus excavaciones en Tacna y Arica dice: «Los efectos de la civilización Chincha-Atacameña alcanzaron parte de la costa ha-

cia el Sur, la región propiamente atacameña de Calama, la provincia de Jujuy y se extendieron remotamente hasta el país de los Araucanos. En el Este se notan en numerosos restos de la hoya del lago Titicaca y Tiahuanaco, y hacia el Norte se les puede seguir hasta el Cuzco, explicándose por ello en parte, el tipo de ornamentación usado por los Incas. Abrazaba así su influencia una vasta región...»

Latcham, en un trabajo publicado en los «Anales de la Sociedad Científica Argentina» (tomo 104, pág. 159 y siguientes) titulado «Las influencias Chinchas en la alfarería Indígena de Chile y Argentina», analiza estas influencias y llega a la conclusión de que la mayoría de los motivos decorativos en la alfarería diaguita pertenecen a la civilización «Chincha».

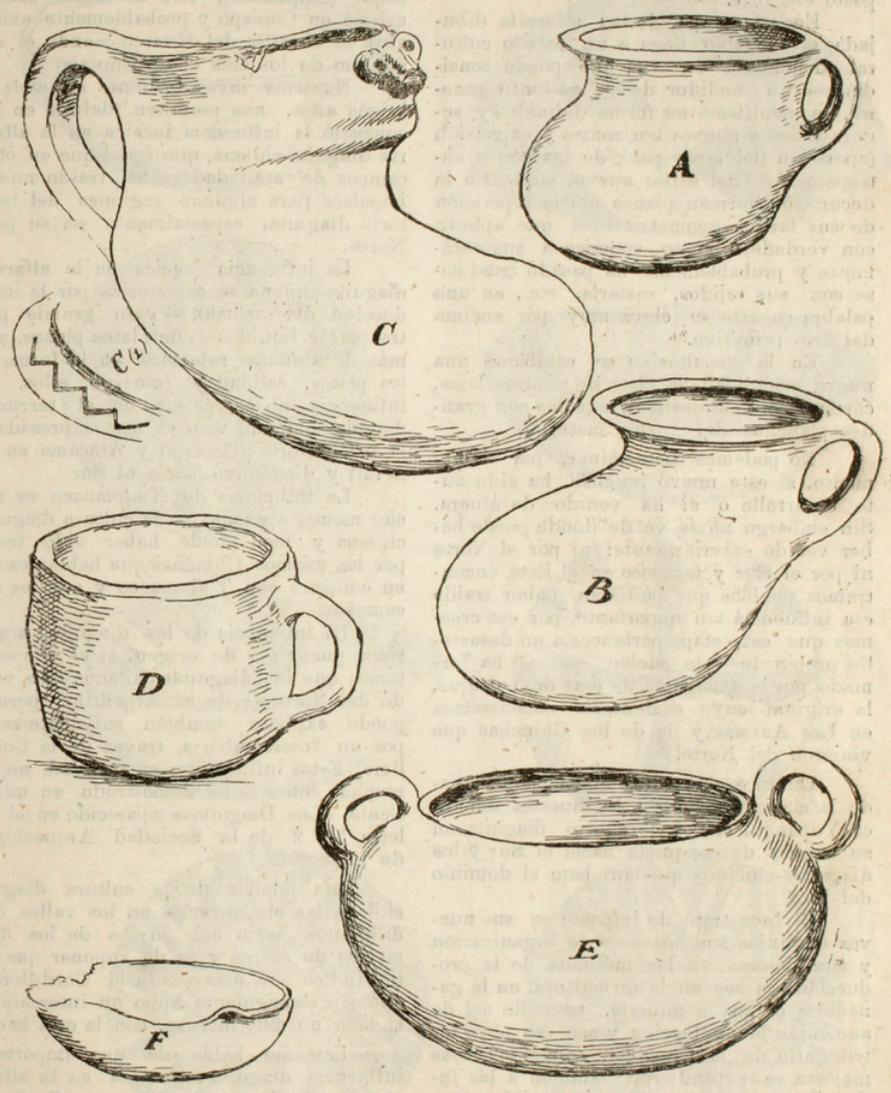
Como hemos dicho, aparece la influencia chincha en la alfarería diaguita chilena en la segunda etapa de la alfarería dibujada, en este período que llamamos de transición, que se distingue por platos mas planos dibujados muchas veces por dentro y en que aparecen ya escalas, ganchos volutas y muchos de los temas usados después, pero con una ejecución mas tosca que en la época siguiente.

Esta etapa no debe haber durado mucho, porque conocemos un solo gentilar típico de esta época, aunque casi en todos los gentilares preincaicos encontramos alfarería de este tipo en mayor o en menor cantidad, pero ya mezclada con la de la etapa siguiente, la clásica, que es la más abundante.

Dentro de esta época de transición se produjo después otro notable cambio que dió motivo para nuestra clasificación en que consideramos esta nueva etapa como la etapa clásica de esta cultura.

En esta etapa aparecen los platos con paredes perpendiculares, los dibujos se hacen nítidos y el arte de estos indios llega a un verdadero clacisismo muy bien definido. Aparecen los platos antropomorfos como verdaderos exponentes de sus dibujos menudos geometrizarantes, aplicados con seguridad y gusto artístico; en este tiempo también deben haber aparecido los jarros plato, aparece entre los temas de sus dibujos un estilo nuevo o diferente, estilo que la Dra. Grete Mostny llama el 4.º estilo, dibujos sencillos de tamaño grande en color negro sobre fondo rojo con una fina

ILUSTRACION II



Alfarería del tipo doméstico del cementerio «arcaico» de Las Animas (Los originales se encuentran en el Museo Nacional de Historia Natural de Santiago). Los tipos A B C y D, son comunes en la alfarería diaguíta-chilena de los 4 períodos de esta alfarería.

raya blanca que circunda el dibujo negro. Es una decoración sencilla, sobria, de aspecto elegante.

En esta etapa de su alfarería dibujada, este pueblo llega a un estado cultural adelantado. Su arte, que puede considerarse un medidor de su adelanto general, se manifiesta en forma definida y segura y busca nuevos horizontes y expansión (aparición del jarro pato, de los platos antropomorfos, del estilo nuevo, etc.). En la decoración forman planos por la repetición de sus temas geometrizarantes que aplican con verdadero gusto artístico a sus cerámicas y probablemente ha pasado igual cosa con sus tejidos, cestería, etc., en una palabra su arte se eleva muy por encima del arte primitivo.

En la sepultación se establece una nueva modalidad, la cista de piedras lajas, correctamente alineadas y tapadas con grandes planchas del mismo material.

No podemos determinar, por el momento, si este nuevo impulso ha sido auto desarrollo o si ha venido de afuera. Sin embargo no se ve de dónde puede haber venido exteriormente: ni por el Norte ni por el Sur y tampoco en el Este encontramos pueblos que pudieran haber traído esa influencia tan importante, por eso creemos que esta etapa pertenece a un desarrollo propio de este pueblo que se ha formado por la amalgama de esas dos culturas, la original cuyo cementerio encontramos en Las Animas y la de los Chinchas que vinieron del Norte.

Durante esta etapa que hemos llamado la clásica, irrumpen las huestes del Inca Yupanqui en el territorio diaguita en su marcha de conquista hacia el Sur y los diaguitas-chilenos quedan bajo el dominio del Inca.

El Inca trató de imponer en sus nuevos dominios sus sistemas de organización y sus mejoras en los métodos de la producción, ya sea en la agricultura, en la ganadería o en la minería, tratando así de aumentar la producción y con eso el poder tributario de los pueblos sometidos, esas mejoras se extendieron también a las industrias caseras, la alfarería, tejidos, etc. Para conseguir esto, el Inca formó centros en las partes conquistadas, centros donde vivían sus «curacas» o gobernadores, rodeados de expertos que esparcieron esos adelantos.

Como ya he mencionado, hemos descubierto uno de estos centros en el valle de Elqui (Coquimbo), otro de estos centros existió en Copiapó y probablemente existió otro en el valle del Huasco siendo el más antiguo de los tres el de Copiapó.

Nuestras investigaciones a través de largos años, nos permiten definir en que consistió la influencia incaica en la alfarería diaguita-chilena, que igual que en otros campos de actividades, ha traído nuevos impulsos para algunas regiones del territorio diaguita, especialmente en su parte Norte.

La influencia incaica en la alfarería diaguita-chilena se caracteriza por la introducción del aribalo, —vaso grande para trasportar líquidos—, de platos planos, además de algunas reformas en la forma de los platos, calidad y color de ellos, esa influencia no es pareja en el territorio diaguita chileno, sino es mas expresada en la parte Norte (Copiapó y Atacama en general) y disminuye hacia el Sur.

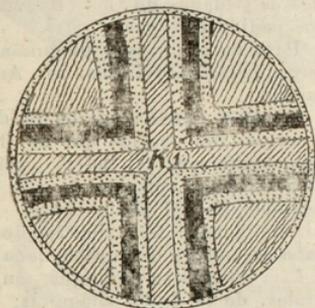
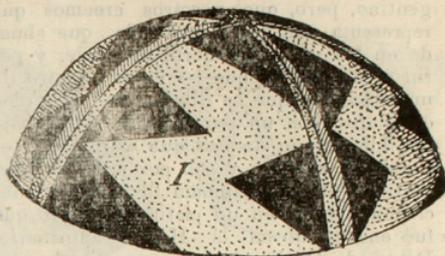
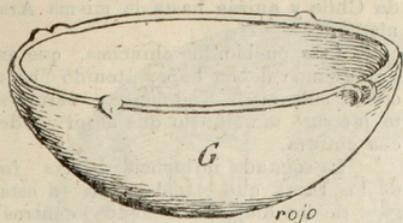
La influencia de Tiahuanaco es mucho menos aparente en la cultura diaguita-chilena y bien puede haber sido traída por los mismos Chinchas que habían estado en contacto con Tiahuanaco y con los atacameños.

La influencia de los diaguitas argentinos puede ser de origen, si es que aceptamos que los diaguitas chilenos han venido del Noroeste de la Argentina, pero se puede explicar también suficientemente por un intercambio a través de la Cordillera. Estas influencias, en realidad, no son muchas como lo he demostrado en mi artículo: «Los Diaguitas» aparecido en el Boletín N.º 2 de la Sociedad Arqueológica de La Serena.

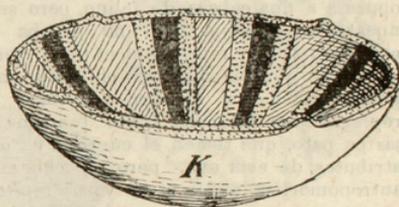
Las huellas de la cultura diaguita chilena las encontramos en los valles cordilleranos hasta más arriba de los 3000 metros de altura y es de suponer que estos indios han atravesado la Cordillera y que por consiguiente hubo un intercambio, si bien no muy intenso, con la otra banda.

Latham habla de una importante influencia diaguita-argentina en la alfarería de los diaguitas chilenos e ilustra en su libro «Alfarería indígena chilena» una urna de San Felix que tiene caracter de las urnas argentinas, además ilustra tres platos ofidiomorfos y cita otros platos que llevan dibujados una estilización de ave

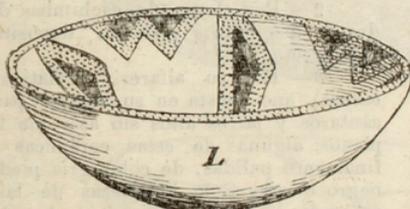
ILUSTRACION III



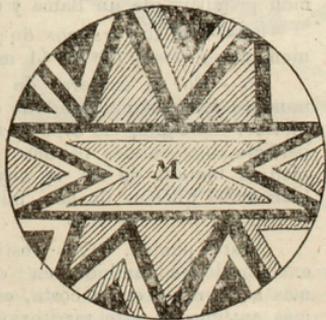
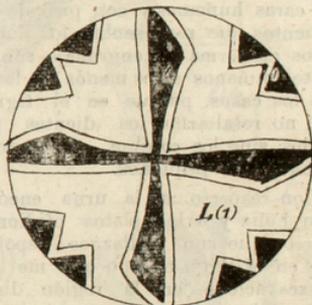
r.
a.
n.



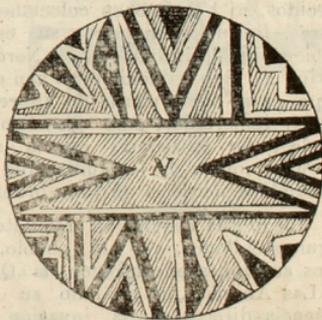
r = rojo
a = amarillo
n = negro



r.
a.
n.



r.
a.
n.



Alfarería arcaica, dibujada, del cementerio de Las Animas. (Originales en el Museo de Historia Natural de Santiago) dibujados con los colores rojo, amarillo y negro.

que clasifica como ñandú o avestruz argentino, pero, que nosotros creemos que representa una garza estilizada, que abunda en los valles del norte de Chile, y por fin cree también, que las caras dentro de un triángulo, que se dibujan con dos ojos circulares con un punto central y debajo dos hileras con dientes que engranan, representan al tigre y son por eso del Noroeste argentino. Latcham llega a esta conclusión porque en un platito zoomorfo que fué encontrado en la Hda. Campanario, Depto. de Ovalle (plato que acualmente se encuentra en el Museo de La Serena) figura una cara de esta especie en la parte opuesta a una cabeza de felino, pero según nuestra experiencia esto no prueba que esta estilización representa el tigre, porque es sabido que los diaguitas-chilenos antropomorfizaban casi siempre sus vasos que representaban animales. Ahí tenemos los jarros pato, que tienen el cuerpo y otros atributos de esta ave, pero su cabeza es antropomorfizada, en otros vasos representan aves con ojos humanos y con pestañas o caras humanas y con pico de pájaro. Los dientes que representan los diaguitas-chilenos en forma de engranaje son seguramente humanos a los menos en la mayoría de los casos, porque en el tigre, de frente, no resaltarían los dientes parejos o iguales, sino los caninos, separados por dientecitos más pequeños.

Con respecto a la urna encontrada en San Felix y a los platos ofidiomorfos, me parece que son hallazgos esporádicos porque en el largo tiempo que me dedico a las excavaciones en la región diaguita-chilena no he encontrado otros ejemplares parecidos, ni he visto en colecciones particulares, lo que demuestra su escasez y también, que la influencia del Noroeste argentino ha sido reducida o no han existido, porque estas pocas piezas de alfarería pueden ser importadas, pero no han hecho escuela como ha pasado con la alfarería chinchina y con la de los Incas, que originaron cambios notables en todo orden.

Llego a la conclusión respecto a los diaguitas-chilenos, que el pueblo, cuyos restos culturales encontré en la Quebrada de «Las Animas», ha recibido su primera influencia directa por la invasión o inmigración en masa de ese pueblo expansivo que se extendió desde las costas meridionales del Perú hasta el altiplano boliviano y

hacia el Sur por las provincias del Norte de Chile y quizás hasta la misma Araucanía.

Este pueblo, los chinchas, que en algún tiempo deben haber tenido contacto con la cultura de Tiahuanaco, naturalmente propagó también lo que absorbió de dicha cultura.

La segunda influencia directa fué la de los Incas que establecieron en esta región de los diaguitas-chilenos centros administrativos que influyeron sobre las principales actividades de los nativos, como hemos podido comprobar.

Pero no sólo los diaguitas-chilenos vivieron en las provincias de Atacama y Coquimbo.

En 1938 tuve la suerte de descubrir otra cultura desconocida que se ha denominado «Cultura de El Molle», por haber encontrado 6 cementerios de ella cerca de la localidad de «El Molle» en el valle de Elqui, en pleno centro del territorio que ocupaba la cultura diaguita chilena.

Esta cultura se distingue, en rasgos generales, de la de los diaguitas:

1— Por el uso de un adorno labial de piedra; la tembetá.

2— Por el uso de cachimbas de piedra de dos brazos y de un depósito central erecto.

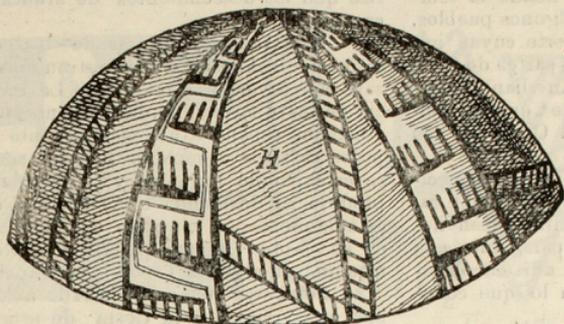
3— Por su alfarería (relativamente escasa), que consta en su mayor parte de cántaros y jarros altos sin asa, con fondos planos; algunas de estas cerámicas están finamente pulidas, de color gris piedra, de negro o rojo. Sólo dos piezas de las encontradas tenían un principio de decoración dibujada representando una estilización primitiva de un llama y de un ave.

4— Por sus cráneos de paredes enormemente gruesas (hasta 11 mm.)

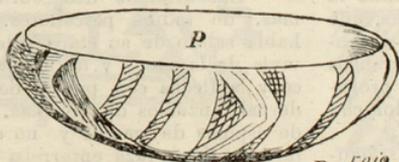
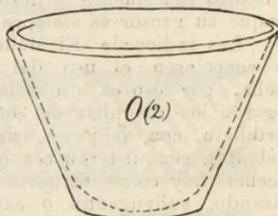
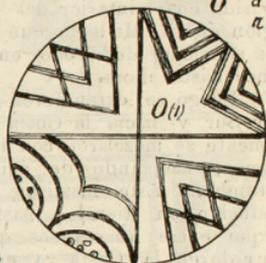
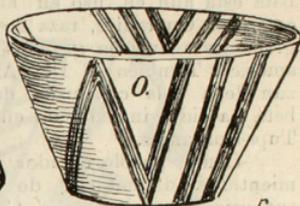
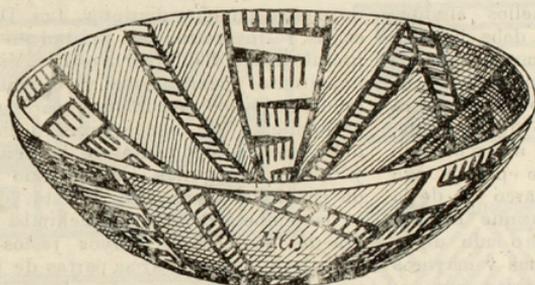
5— Por la manera de sepultar sus muertos a la profundidad de cerca de dos metros, marcando las sepulturas en la superficie con grandes bandas circulares de piedras blancas de río, en cuyo centro habían otros núcleos de las mismas piedras y algunas de color rojo.

Este pueblo, cuyos vestigios hemos encontrado ya también en otras partes, más al Norte y en la costa, es sin duda más antiguo en este territorio que el de los diaguitas-chilenos. Posiblemente la raza portadora de la cultura de El Molle ha llegado a Chile durante las grandes mi-

ILUSTRACION IV



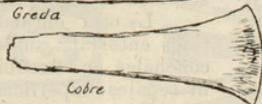
H. rojo, blanco, negro.



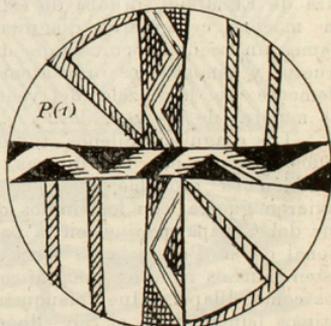
P. rojo blanco negro.



Greda



Cobre



Alfarería Arcaica, dibujada, del cementerio de Las Animas (originales en el Museo Nacional de Historia Natural de Santiago)

O está dibujado en los colores rojo, amarillo y negro, su forma y dibujo hacen pensar que puede ser exótico.

H y P son dibujados en rojo, blanco y negro. P. encontramos muchas veces en cementerios del 2.º y 3.º período como platos de llama regalón.

graciones de pueblos en tiempos pretéritos, desde el Brasil o el Chaco, donde la tembetá está aún en uso en algunos pueblos, como los Guaraníes, raza fuerte cuyas migraciones abarcaron grandes partes de Sudamérica. También el Dr. Aureliano Oyarzún llega a la conclusión de que la tembetá ha sido introducida en Chile por los Tupi-Guaraníes.

Como pueblo cazador y con conocimientos rudimentarios de la agricultura, sus primeros asentamientos en Chile deben haber sido en el interior del país, quizás la región de El Mole porque ahí encontramos su mayor desarrollo en lo que conocemos hasta ahora.

Luego se extendieron hacia el Norte y Sur y hacia la Costa donde probablemente se mezclaron con los indios pescadores, aceptando de aquellos algunas costumbres. Este mestizaje debe haberse producido en tiempos bastante remotos porque entre los cráneos que hemos encontrado en la Costa ya no se encuentra el cráneo típicamente grueso de El Molle, aunque su grosor es siempre sobre normal.

Los indios de El Molle parece que no conocieron el uso del arco y de la flecha, por eso es probable que cuando llegaron los diaguitas del otro lado de la Cordillera, con mejores armas y mayores adelantos, conquistaron esa región que conocemos hoy como territorio diaguita, desplazando, subyugando o exterminando la raza de El Molle, prueba de esto es, que en muchos cementerios diaguitas encontramos un pequeño porcentaje de cráneos gruesos y semigruesos provenientes probablemente de la mezcla del vencedor con las mujeres de los vencidos.

Los diaguitas-chilenos fueron subyugados después por las fuerzas del Inca. También es probable que los diaguitas tuvieron guerra con los indios de más al Sur del Choapa, porque en la parte meridional de la Provincia de Coquimbo subsisten muchos nombres geográficos araucanos como Illapel, Huentelauquen y otros, últimos puntos hacia el Sur donde hemos encontrado gentileres diaguitas, lo que indica que esos lugares han pasado de una mano a otra.

Los diaguitas, sin embargo, parece que han sido una raza relativamente apacible, lo que se puede deducir del aspecto de la actual población de la región en que sobrevive el alma indígena. Compara-

tivamente este pueblo es mucho más pacífico que los descendientes de araucanos y españoles.

Los cráneos diaguitas de los cementerios preincaicos ya demuestran un mestizaje con diversas otras razas. La resistencia de los diaguitas chilenos contra el conquistador español fué relativamente débil, pocos castigos ejemplares hicieron someterse este pueblo indígena y muy pronto se produjo su disolución como entidad étnica asimilándose por completo y aun, olvidando su propio idioma que hoy no existe mas que en algunos Topónimos y apellidos.

Nos resta echar una mirada a las tribus que vivían en la Costa de estas dos provincias para completar este boceto arqueológico y etnológico.

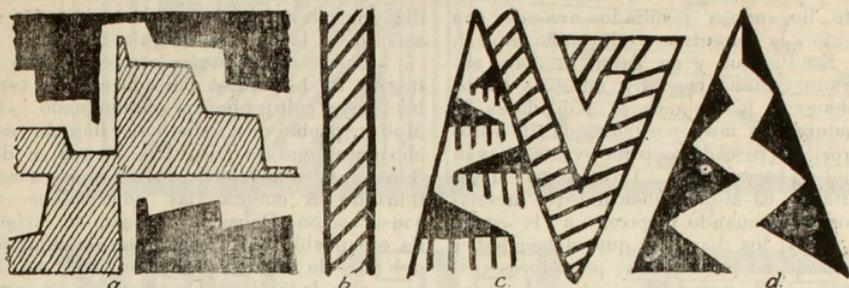
En la costa encontramos no menos de cuatro pueblos distintos. Los Diaguitas cuyos restos culturales existen en todo el litoral, desde Caldera hasta Los Vilos, con importantes cementerios y conchales en todos los sitios apropiados para el aprovechamiento de las riquezas alimenticias del mar, especialmente en las ensepadadas y caletas tranquilas. En seguida la raza de El Molle o sub-raza de esta, que usaba la tembetá corta y la cachimba de piedra de dos brazos, cuyos restos hemos encontrado ya en varias partes de la costa sin poder determinar por el momento su radio de dispersión.

Encontramos dos entidades étnicas mas, de indios pescadores, una que no había salido de su etapa paleolítica y que vivía de la pesca y de la caza, usaba el arco y la flecha con puntas de sílex, de pedernal, anzuelos de conchas, de huesos y de espigas de cactus y no conocía la alfarería. Esta raza enterraba sus muertos extendidos y dejaba marcadas sus sepulturas con círculos de piedras grandes o con cuadros de piedra plantadas, sobre las cuales se amontonaban pedazos de roca y piedra.

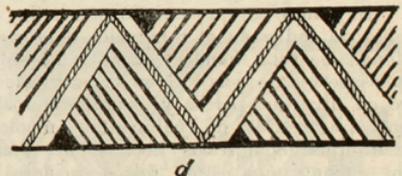
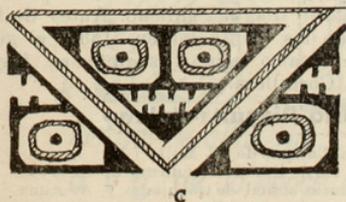
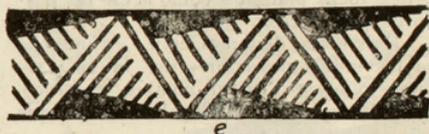
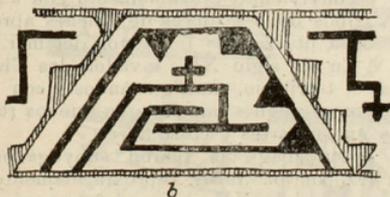
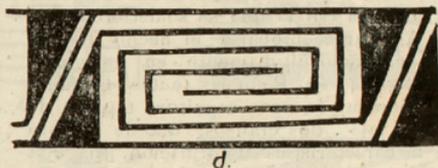
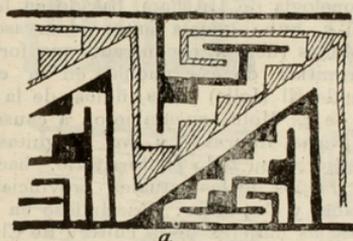
La otra entidad de estos indios costinos enterraba sus muertos en sus propios conchales en decúbito sin ajuar funerario ni señales superficiales.

Parece que estas dos entidades de pescadores primitivos tenían el cráneo alargado,—lo que hemos visto se pueden considerar sub-dolicocéfalo,—pero este aspecto aún no está estudiado suficientemente y esperamos que algún especialista emprenda una vez el estudio osteológico de las tribus que han vivido en la costa.

ILUSTRACION V



Motivos de alfarería arcaica (1^{er} período)



Motivos de la alfarería de transición (2^o período).

Arriba algunos motivos arcaicos.

A a G algunos motivos que aparecen en la etapa de transición, que indican origen «chíncha».

Los estudios que se hicieron anteriormente, parece que no tienen mucho valor porque se midieron cráneos de diaguitas, molinos y pescadores primitivos conjuntamente, llegando a resultados erróneos con respecto a la verdadera clasificación craneal.

En Pisagua y en Taltal se han encontrado yacimientos muy antiguos en los conchales de los primitivos pobladores de pescadores, es muy posible, que de estos centros, los pescadores primitivos se hayan extendido hacia el Sur. Los indios de la cultura de El Molle deben haberse mezclado con ellos cuando llegaron a la costa, pero no así los diaguitas que debían haber desplazado en parte a los pescadores primitivos porque tomaron posesión de todas las bahías, ensenadas y de todo punto importante para la explotación del marisco; eso no quiere decir que no puedan haber convivido con algunas tribus que se sometieron.

Así parece probarlo el hecho de haber encontrado últimamente en un gentilar diaguitas en Peñuelas (entre Coquimbo y Serena) en una sepultura tapada de piedras laja, dos cráneos; uno de hombre con la característica deformación diaguita (anterior posterior), junto con otro de mujer, de cabeza alargada como la de los pescadores primitivos.

Existe la denominación «Changos» para los indios pescadores de la costa,—creemos que este es un nombre genérico, que se ha aplicado a todos los indios que se dedicaban a la pesca.

Hay indicios que existió otra tribu o pueblo de indios en el territorio diaguita-chileno. De esta hemos encontrado sólo escasos restos de sus objetos culturales, pero en diversas partes y son principalmente fragmentos de alfarería unicolor con dibujos geométricos hechos por incisión—encontramos estos restos principalmente en la calera de Guanqueros, junto con diversas herramientas de piedra, pero aun no hemos encontrado sus cementerios,

creo que pertenecen a una tribu o pueblo que no ha podido arraigar en esa tierra.

EN RESUMEN

No sabemos nada del hombre primordial que vivió en esta región que fué el asiento de la cultura Diaguita-chilena.

Nuestra prehistoria comienza con la llegada de los indios portadores del tembetá cuya cultura hemos denominado «El Molle», pueblo que debe haber llegado mucho antes que los Diaguitas, lo que se deduce de la comparación de los restos óseos, tomando en cuenta las condiciones de conservación. Debemos buscar el origen de ese pueblo en el centro de la América del Sur, de donde probablemente se ha esparcido la tembetá. Creemos que esa inmigración tuvo lugar hace unos 2000 años.

Hacia el año 500 a 600 llegaron probablemente los Diaguitas a Chile (según la cronología de Latcham, basado en la de Uhle) y hubo guerra entre el invasor y los Molles (hemos encontrado una fortaleza primitiva de ese pueblo en un cerro cerca de El Molle). Los indios de la cultura de El Molle sucumbieron a causa de sus armas inferiores y los diaguitas se extendieron en todo el territorio, haciéndose dueños de las actuales provincias de Atacama y Coquimbo, mezclándose en parte con las mujeres de la cultura de El Molle y conviviendo probablemente con algunas tribus de pescadores de quienes aprendieron a utilizar los productos del mar.

En el siglo XII invaden los Chinchas el territorio, amalgamándose con los nativos a quienes imprimieron nuevos rumbos en sus artes y costumbres.

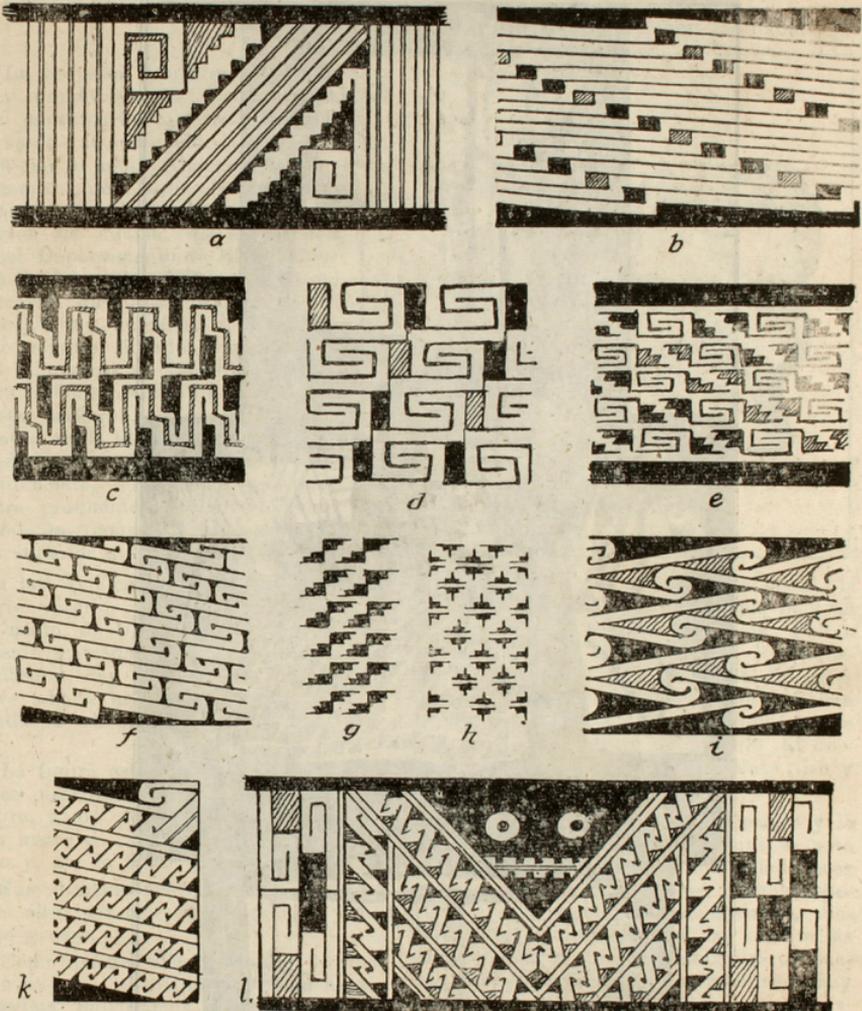
Los diaguitas fueron subyugados a su vez por los Incas, aproximadamente a fines del siglo XV, quienes mantuvieron centros y guarniciones en varios puntos del territorio diaguita-chileno. Antes de la llegada de los españoles en 1535 el gobernador incaico con su séquito se fugó hacia la Cordillera.

Cuadro Cronológico para el territorio Diaguita-chileno

Principios de la Era Cristiana:	Llegada de los indios que formaron la Cultura de El Molle (?)
Siglo V o VI:	Llegada de los Diaguitas. Luchas con los indios de la cultura de El Molle.
Siglo XII :	Expansión de los Diaguitas en el territorio actual de Coquimbo y Atacama.
Siglo XV :	Invasión por los Chinchas y mezcla de ambos pueblos.
Siglo XVI :	Hacia fines de este siglo: Conquista por los Incas (quedan los diaguitas tributarios del incanato).
	En 1535 llegan los primeros españoles.

Este cuadro cronológico no tiene mas pretensión que presentar una posibilidad y una probabilidad, igual que las cronologías de Uhle y Latcham, que han servido de base para la presente. El punto débil de estas cronologías constituye la edad de Tiahuanaco, cuya variación influiría en la apreciación de todas las demás culturas.

ILUSTRACION VI

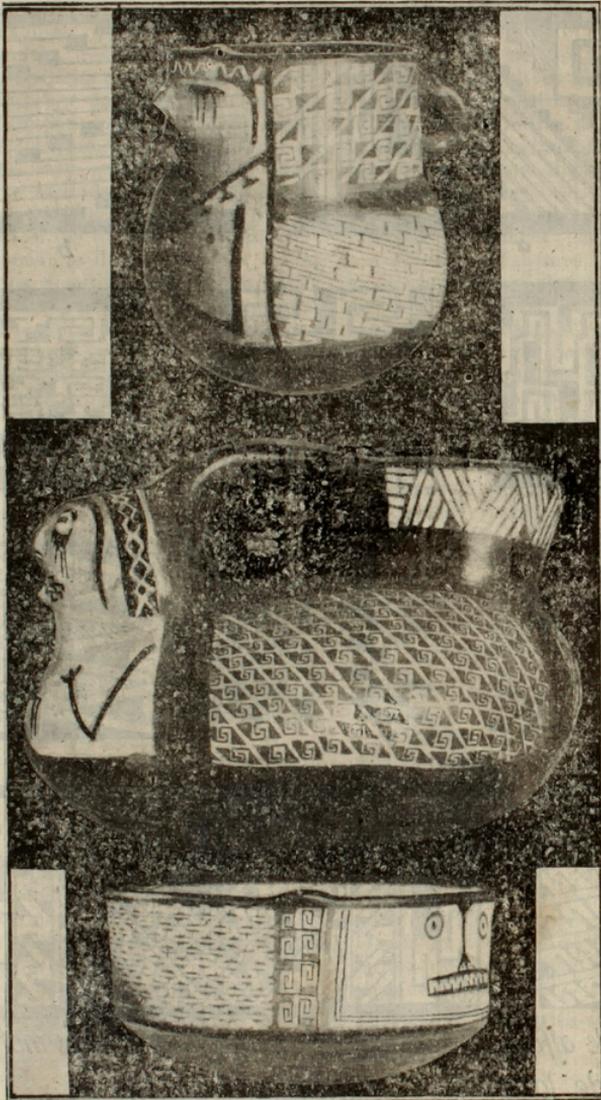


Motivos de alfarería "clásica" (3^{er} período). Además los motivos e, d y g de la época de transición, pero más finos.

Muestrario de motivos del periodo clásico, al cual hay que agregar los motivos c, e, f y g de los de transición (lustr. V) Motivo A es el preferido en esta etapa.

Con esta serie no se agota la variedad de motivos que forma la decoración artística diaguita-chilena, sino son mas bien los motivos mas frecuentes, fundamentales, de los cuales producen una infinidad de variaciones.

ILUSTRACION VII



Arriba: Jarro antropomorfo encontrado en Altovalsol (Valle Elqui)

Medio: Jarro pato antropomorfo —Altovalsol— Valle de Elqui.

Abajo: Plato antropomorfo =Cia. Baja,— La Serena.

Las tres piezas son de cementerios preincaicos.

Un ídolo lítico hallado en Tilama, Prov. de Coquimbo, Chile

Por Herbert Hornkohl

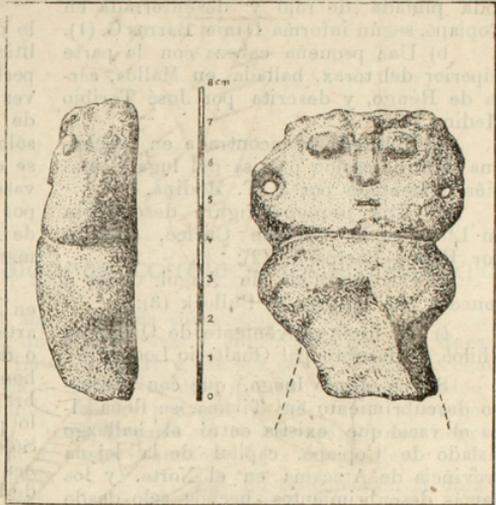
La pequeña escultura lítica, de origen indudablemente prehispánico, que a continuación se describe, fué obsequiada al autor de la presente reseña por el señor Alfredo Lodi en Salamanca, quién, a su vez, la obtuvo de unos trabajadores de caminos de la región de Tilama, en el extremo Sur del Departamento de Illapel, Provincia de Coquimbo. Dichos operarios, al excavar un corte de camino del Fundo Culimo, cerca del tranque del mismo nombre, situado a más o menos 6 kilómetros al Oeste de Tilama y a 29 kilómetros en línea recta de la costa, hallaron la estatuita, junto con otra casi idéntica, enterrada a unos dos metros de profundidad. Desgraciadamente, sufrió ella una quebradura producida por un golpe de herramienta, conservándose solo su mitad superior que presenta una cara.

Según las explicaciones del señor Lodi, la parte inferior habría tenido un largo aproximado de 10 cms. y las piernas tenuemente marcadas. En cuanto a la segunda estatuita, hay noticias de que se encuentre ahora en poder de una persona radicada en el pueblo cercano de Guan-guali.

La figura está esculpida en un trozo de roca pizarrosa de color gris oscuro, casi negro, y de textura fina homogénea. Es un material consistente, pero bastante blando y, por lo tanto, fácil de labrar.

Sus dimensiones principales son 7.5 cm. de alto por 5.5 cm. de ancho y 2.5 cm. de grueso.

Como puede observarse en la ilustración adjunta, el artifice indígena ha dado máxima importancia a la modelación de la cara, indicando el cuello sólo por medio de una ranura y dejando el tronco sin mayores detalles, aparte de dos pequeñas protuberancias laterales que apenas señalan -talvez- la posición de los hombros o el comienzo de los brazos. Bajo las cejas algo deterioradas aparecen los ojos, grandes y ligeramente óvalos, esculpidos con esmero en forma de prominencias de alto relieve. También la nariz, de mediana



anchura, está bien acabada, mientras la boca queda reducida a una simple incisión corta y sin que figuren los labios. Faltan las orejas, y, en su lugar, hay dos pequeñas perforaciones de 2.5 mm. de diámetro las que atraviesan la pieza y que se han hecho, probablemente, con el propósito de poder colgar el objeto de un hilo. El dorso de la figura es completamente liso y carece de esbozo característico.

Dada la sencillez de los rasgos y la falta de adornos adicionales que se nota en la pieza referida, resulta difícil hacer conjeturas con respecto a su origen específico y su edad, en circunstancias, además, que son muy escasas las referencias sobre hallazgos similares en Chile que puedan servir de paralelo. Por lo mismo, hay que limitarse, al presente, confrontando esta pieza con los otros ídolos líticos ya conocidos del país, y dejando pendiente un juicio definitivo, hasta que descubrimientos futuros aporten un material comparativo más abundante.

Fuera del que aquí se describe, son sólo seis, en Chile, los hallazgos de ídolos o estatuas líticas antropomorfas que se han dado a conocer en publicaciones hasta la fecha. Enumerados según su distribución

geográfica de Norte a Sur, son los siguientes:

a) La escultura de una persona sentada, que sostiene sobre la cabeza un vaso, toda pintada de rojo y desenterrada en Copiapó, según informa Daniel Barros G. (1).

b) Una pequeña cabeza con la parte superior del tórax, hallada en Malloa, cerca de Rengo, y descrita por José Toribio Medina (6);

c) Una cabeza encontrada en Colchagua (sin indicación precisa del lugar), también comentada por J. T. Medina,

d) Una pequeña figura descubierta en Llico, en la costa de Curicó, descrita por Rafael Barros V. (2);

e) Dos estatuillas de Angol, dadas a conocer por Dillman S. Bullock (3);

f) Un idolo proveniente de Quemchi, Chiloé, y descrito por Gualterio Looser (5).

Se ve, desde luego, que con el nuevo descubrimiento en Tilama, se llena algo el vacío que existía entre el hallazgo aislado de Copiapó, capital de la lejana provincia de Atacama en el Norte, y los demás descubrimientos hechos sólo desde Chile central hacia el Sur. El idolo de Tilama se parece más a los de Malloa y Colchagua, en las facciones de la cara, la representación de los ojos, sobresalientes en alto relieve, la falta de brazos y omisión de detalles del tórax, y no tiene ninguna

similitud, ni con la estatua de Copiapó ni con la de Chiloé, las que ambas, en cada caso, constituyen un tipo enteramente diferente y particular.

Lo que, en cambio, distingue al idolo de Tilama del resto de las esculturas líticas nombradas, son las dos pequeñas perforaciones laterales. Pero éstas, a su vez, son un detalle conocido ya en objetos de otra índole, de los cuales, para citar sólo algunos ejemplos, pueden mencionarse ciertas hachas ceremoniales, o algunos vasos de piedra, de Chile central, descritas por G. Looser (4), y también una muñeca de madera de la región del Río Loa, comentada por Stig Rydén (7).

Indudablemente convendrá incluir, en un futuro estudio comparativo, tales artefactos de otra clase, ya sean de piedra o de madera, y aún ídolos metálicos. Ahondar aquí, sin embargo, este tema, sobrepasaría los límites del presente artículo por las razones más arriba señaladas. Sólo cabe citar, para concluir, dos opiniones ya emitidas sobre la edad presumible de los objetos tratados.

Daniel Barros G. (1) ve en la estatua de Copiapó, influencias incaicas, y D. S. Bullock (3) sostiene en lo que se refiere a las piezas de Angol por él descritas, que han sido labradas por una raza pre-araucana.

Bibliografía

- 1—) Barros Grez, Daniel: El dios Viracocha. *Actes de la Société Scientifique du Chile* Tomo V. Santiago 1895, pág. 198-201.
- 2—) Barros V., Rafael. Algunos recuerdos prehistóricos de la costa de Curicó. *Revista Universitaria*, Año XXVIII, N.º 1, Santiago 1948.
- 3—) Bullock, Dillman B.: Dos estatuas de piedra de Angol. — *Revista chilena de Historia Natural*, Año XL, Santiago, 1936.
- 4—) Looser, Gualterio: Algunos interesantes vasos de piedra de la arqueología chilena. — *Revista Universitaria*, Año XVI, Santiago 1931.
- 5—) Looser Gualterio: Estatuita de piedra hallada en la Isla de Chiloé. — *Revista Chilena de Historia Natural*, Año XXXVI, Santiago 1932.
- 6—) Medina, José Toribio: Los aborígenes de Chile. Santiago 1882, pág. 388-389.
- 7—) Rydén, Stig: Contributions to the archaeology of the Río Loa región. — *Göteborg* 1914, pág. 202.



La Urna de Chellepín y algunas correlaciones arqueológicas

El ejemplar N.º 18,528 del Museo de Antropología de Buenos Aires, que perteneciera a la ex-colección de D. Luis Montt, ha sido reproducido, en diversas oportunidades en forma sumaria, incompleta o errónea.

El Dr. R. A. Philippi, en el único número de la Revista de Arqueología de Santiago, de 1830, reprodujo a esta pieza de costado y según la relación que hace: este interesante vaso arqueológico habría sido encontrado «junto con varios objetos de cobre en una sepultura de Chellepín». (1)

Con esta urna, concepto que mejor expresa una correlación morfológica, que una condición funcional, tanto en la publicación del Dr. Philippi, en otra de D. José T. Medina, de fecha posterior, como en las reproducciones que hizo de la misma pieza D. Ricardo E. Latcham, en 1928, se incurrió en diversos errores, los que iremos subsanando, en el desarrollo de nuestra descripción.

Forma. Considerando la forma general del objeto, separaremos una sección cilíndrica, que hemos denominado cuello, otra esferoidal o sub globular, que citaremos como cuerpo y una última tronco cónica, que denominaremos base. La decoración nos precisa una separación en caras frontales, anterior y posterior y otras áreas laterales.

Cara Anterior. El cuello en la cara frontal está conformado por una decoración pintada y otra en relieve, y representa una figura zoomórfica. La sección

pintada corresponde a los ojos de esa figura (4 cm.), enmarcados por una línea semilunar y con un trozo rectilíneo central. Bajo los ojos, que ocupan una posición superior y angular en el vaso, aparecen dos triángulos de 10 cm. tañido de negro y con pequeños trazos marginales.

Las ilustraciones en la obra del Sr. Latcham, (1928 a y b) no siempre fieles a los originales, señalan el órgano bucal con un solo trazo. En la ilustración del profesor Philippi y por consiguiente en la de D. José T. Medina, que es una reproducción de la anterior, se distingue perfectamente su desarrollo formal en relieve, que se hace mayormente prominente en la parte media. Además se observa una punteación continua en los bordes externos.

Dos líneas dobles punteadas y un campo triangular de losanges con una decoración en dos colores alternados, constituye toda la restante ornamentación del cuello en la cara anterior, que mide en total 15 cm. de alto y 27 en su mayor ancho.

Zona Ventral

La zona ventral (16 por 23 cm.) está limitada en su parte superior por una línea negra y que sirve de separación con la región, que hemos denominado cuello del vaso, que según lo hemos expresado, corresponde a la cara de la figura zoomórfica.

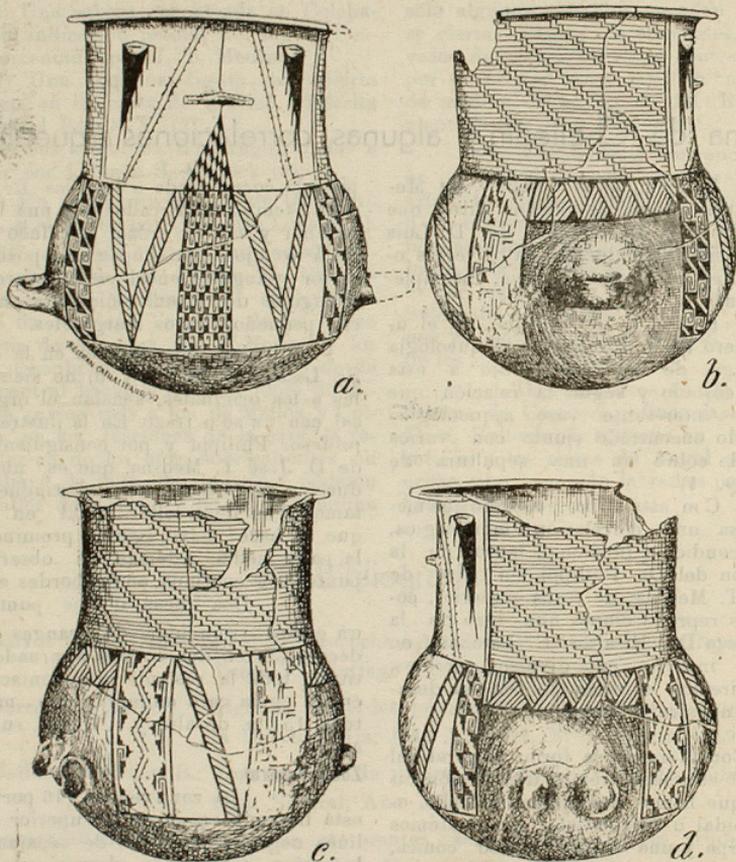
A los costados aparecen dos guardas verticales (2 cm. de ancho y 18 de alto) con una decoración de triángulos con ganchos, que se alternan invertidos y que yuxtaponiendo sus prolongaciones,

forman una suerte de ornamentación de grecas. Respectivamente la faja que queda a la izquierda ofrece una variante en que los triángulos se reemplazan por escalonados.

Una faja central ancha (4 por 16 cm.), está ocupada en toda su extensión por cuadriláteros con ganchos, que se alternan invertidos, ocupando parte del espa-

cio incluido entre las fajas mencionadas. En ambos costados de la faja central, aparecen dos líneas dobles convergentes, que llevan como relleno una decoración interna de líneas paralelas de color menos acen tuado.

Una base tronco cónica un color rojo carmín dá término al área de la urna.



Artes Laterales: Nos concretaremos a la descripción de una de las zonas. La ornamentación guarda una cierta simetría, que no nos da pábulo para discriminar ostensibles diferencias con el área opuesta, además una de las guardas de decoración vertical en la cara izquierda se conserva en tan

precisas condiciones, que no nos ha sido posible reconstituirla íntegramente.

La porción superior o cuello, corresponde a un registro que ocupa todo el perímetro de la pieza con excepción de la parte fronteriza de la urna. En este espacio se ha trazado una serie de decoracio-

nes escalonadas, con mayor acentuación de color en los terminales de esos peldaños figurados.

La porción subglobular inferior está limitada por una guarda ancha horizontal y dos franjas verticales, una de estas la hemos descrito enmarcando la cara delantera de la urna. La decoración horizontal está representada por 6 líneas con una inclinación angular incluidas en una disposición triangular, con un vértice en negro, que sucesivamente se alternan invertidos.

La ornamentación vertical restante, está representada por pirámides escalonadas, que coronan a un cuadrilátero, que a su vez contiene un gancho interno. Por el centro de la doble línea de figuras piramidales, hay una línea doble angulosa con minúsculas protuberancias o cuerpecillos en sus bordes externos.

Estos registros decorados encierran un espacio rojo que se continúa hasta la base. El cuadrilátero mide 15 por 18 cm. En esta área se insertan respectivamente las asas.

Area Posterior Esta zona está constituida por dos franjas verticales de diversa proporción, una más ancha está atravesada por una diagonal de trazo grueso, con pequeñas líneas oblicuas interiores, similar a las que hemos descrito en la cara delantera.

La otra faja (6 por 18 cm.) corresponde a una decoración compleja de figuras escalonadas y ganchos interiores.

Asas En la parte inferior de los cuadriláteros ubicados en las áreas laterales se encuentran insertas las respectivas asas, estas ofrecen el mismo color rojo de las otras secciones de la urna y su forma es cilíndrica en su parte exterior y chaflanada o biselada en la cara interna. El asa presenta una sección vertical ovoidal y su ubicación es aproximadamente horizontal, con determinada inclinación hacia arriba. Sus dimensiones relativas son; 11 cm. en el ancho de las inserciones, 6 cm. en la prolongación exterior y su grosor es de 3 cm.

Técnica de la decoración. El Sr. Latcham en su obra *Alfarería Indígena Chilena*, pág. 161, manifiesta que: «esta urna ha sido enlucida en toda su superficie de un solo color, un rojo oscuro

que tira a morado», y agrega que, «parece que el óxido de hierro que servía para la enlucidura tuvo un poco de manganeso y esto ha producido el tinte especial».

La pieza que hemos conocido en el Museo de Buenos Aires, presenta una coloración blanco marfil y son rojas de un carmín que no difiere mayormente de las tonalidades generales en los vasos negro-blanco-rojos diaguitas chilenos, aquellas superficies que expresamente hemos señalado; conservando además esa coloración los bordes de la boca del vaso. Los motivos de la decoración en general, salvo insignificantes particularidades rojas, son negras destacándose sobre el campo que es blanco.

Algunas correlaciones morfológicas. Los señores Latcham, en 1928 y Looser en 1932, se refirieron a las relaciones trasandinas que pudieran derivarse del grupo de urnas chilenas. Una aproximación de formas podría establecerse con las urnas de tipo Belén, según la ordenación que han propuesto diversos autores. Revisando ese material nos queda la seguridad, que las urnas diaguitas-chilenas ofrecen características diferenciales absolutas con todos los tipos trasandinos.

Antes de considerar factores generales creo indispensable circunscribir nuestro criterio formal a las denominadas urnas de tipo chileno y por lo tanto excluir aquel material que con toda seguridad es foráneo, como sería el caso de los fragmentos de la urna de San Felix (Latcham, ob. cit. Lám. XLIII, fig. 2), que sin duda concuerda con el tipo de clasificación santamariano y los fragmentos de la urna procedente de Paihuano (la misma lámina, fig. 3) del tipo San José.

Esta urna de Chellepfn, guarda relaciones tipológicas, con un grupo de vasos decorados ya descritos y otros en colecciones particulares aún inéditos, y cuyas características podrían enunciarse en la siguiente manera: vasos de cuello cilíndrico y cuerpo sub-globular, de base cónica, con asas cilíndricas de inserción inferior y horizontal y ligeramente inclinadas hacia arriba. La ornamentación es geométrica y rectilínea.

La decoración y la técnica de su manufactura dan a estos vasos una condición relacionadora inmediata a la alfarería diaguita-chilena. En primer término ha-

bría que referirse al engobe, enlucido o slip, que constituye una principal diferenciación con las urnas de los diversos tipos de procedencia argentina. Como referencia útil, es preciso establecer, que el engobe en la alfarería del N. O. argentino, es una técnica que la encontramos representada en algunos ejemplares excepcionales del tipo Barreal y Yocavil, en algunos vasos Chaco-santiagoños y los tipo Condorhuasi.

Asas cilíndricas o cilindro cónicas forman parte de urnas procedentes de Belén, Yocavil y Córdova. En todos estos casos los ejemplares corresponden diferencialmente a urnas toscas, crude-urns, según la clasificación de Bennett.

La coloración en los ejemplares santamarianos y Belén es bicromática: negro sobre amarillo en las primeras y rojo sobre negro en las últimas. En cuanto a la decoración, si nos referimos al particular de la urna de Chellepín, observamos que en la representación zoomorfa, el órgano bucal en relieve con su punteación marginal, constituye una representación sumamente generalizada en los jarros patos y otros vasos de los estilos más perfectos en esta alfarería chilena (88).

La figura triangular con líneas marginales, que algunos autores han denominado adorno lacrimal, también aparece frecuentemente en otras urnas; Looser—1932 figs. 1-2-3, y en los jarros patos; Arqueología Chilena, lám. II, fig. 1, F. L. Cornely 1947.—Boletín de la Soc. Arqueol. de La Serena, N° 3, pág. 18, figs. 5 y 7 Latcham 1928 a lám. XLIX, fig. 4 etc.)

En cuanto a las figuras geométricas, estas representan las modalidades generales en las diversas composiciones del estilo diaguita chileno. La serie de escalonados tiene una distribución tan amplia, que me evita señalar sus pormenores; otro tanto se puede decir de las bandas verticales, que deslindan la cara delantera del cuerpo del objeto.

Los motivos posteriores aunque más complejos, sólo constituyen una apreciable novedad, pues, sus elementos constitutivos aparecen con cierta frecuencia en los estilos de esta alfarería.

Las bandas horizontales en el campo donde se ubican las asas, son muy generales en la alfarería diaguita chilena y hasta cierto punto podrían relacionarse con una ornamentación trasandina, frecuentemente señalada para los vasos y ollas de la Isla, Pucará de Tilcara y Alfarcito, (O. Bregante—1926—pág. 159). Esta decoración de líneas oblicuas paralelas, que se cortan en determinados ángulos, en lo que se refiere para la alfarería chilena, ofrece la diferenciación de un ángulo en negro, que no aparece en las otras disposiciones ornamentales mencionadas.

Algunas observaciones generales. En un intento de clasificación tipológica, escasamente estos vasos podrían permanecer incluidos en la común denominación de urnas.

Concuerso con Looser, en que su denominación es condicional y falta todavía establecer su verdadera función, ya fuere como sarcófagos, vasos de diferentes contenidos, vasos votivos y ceremoniales pertenecientes al ajuar fúnebre, etc.

Urnas con una función bien esclarecida, han sido mencionadas ocasionalmente por diversos autores. De la nómina que publicara Looser, algunas provendrían de las provincias de Malleco, Cautín, Curicó y Santiago. A esta lista faltaría agregar otra sepultación en «urna barnizada», procedente de Arauco, que cita el padre jesuita Ignacio Molina, en su Historia de Chile, pág. 123. Se ún ese autor este ejemplar encontrado en una «mina de piedra» «era de notable grandeza».

Todos los hallazgos corresponden asepultaciones de párvulos, salvo los ejemplos de San Antonio (provincia de Santiago) que según su descriptor, el Dr. Oyarzún, parecería corresponder a sepultaciones secundarias de individuos adultos.

Las urnas que conocemos en el área diaguita, son de tan exiguo tamaño, que deberíamos descartar la posibilidad de sepultaciones de adultos, salvo en los casos de un ejemplar de tamaño excepcional, aproximadamente 1 metro de altura, procedente de Peñuelas (La Serena), cuyos fragmentos se encuentran en exhibición en el Museo Arqueológico y otra urna, que según referencias habría encontrado el profesor Bird en un conchal de Tongoy (Hacienda El Tangué).

(88) Arqueología Chilena—Publicación del Museo Arqueológico Municipal de La Serena, 1944 lám. II, fig. 1; lám. III, fig. 8; lám. V, figs. 1 y 2; Revista Universitaria, 1949, pág. 186, fig. 1.

Hemos dicho anteriormente, que las urnas decoradas, que conocemos podrían admitir una relativa clasificación, con el tipo de urnas trasandinas de Belén. Hemos convenido para llegar a esta aseveración, considerando que entre estas últimas, también aparecen tres zonas diferenciales: cuello, cuerpo y base, y su cuerpo es globular. (El cuerpo de las urnas santamarianas es característicamente ovoidal)

Naturalmente, que las diferencias resaltan en una observación más prolija. Mientras en los vasos chilenos correspondientes, las proporciones generales son: de una medida en la base y el doble de esa medida en el cuerpo y la altura del cilindro o cuello. (Proporción: 1-2-2) En las urnas del tipo Belén, estas proporciones no se fijan tan estables.

	Ejem. N.º	Alt. del cuello	Cuerpo	Cono o Base	Altura total
Urnas	1861 (M. L. S.)	16 cm.	16 cm.	7 cm	39 cm.
»	1859 (idem)	17 »	16 »	6 »	39 »
»	1728 (idem)	11 »	10 »	5,5 »	26,5 »
»	Chellepia	15 »	16 »	7 »	38 »

Estas generalizaciones ofrecen en el arte indígena, la natural variación propia a la facultad creatonista individual; como ejemplo basta citar la urna piriforme de la colección Zeiler, la urna antropomórfica de la colección Lipchutz y los diversos tipos inclasificables, en las urnas toscas.

Segundo tipo. Un segundo tipo de clasificación corresponde a otros vasos-urnas, en que esa condición tripartita zonal no se presenta en forma tan evidente. Las urnas de este segundo tipo tienen líneas de contorno más continuas y el vientre es menos globular. La ornamentación es vertical y ocupa algunas bandas de esta ordenación. Generalmente una es más ancha con grecas y escalonados y dos son laterales con relleno de líneas oblicuas. Otros registros verticales ocupan la porción superior del área zonal de las asas.

La decoración en bandas parte del mismo borde de las urnas y abarcan todo el vientre hasta las proximidades de la base, constituyendo una apreciable diferencia con las urnas del primer tipo, cuya ornamentación horizontal estaba limitada a la respectiva área: cuello o vientre.

La técnica del enlucido no suele ser tan perfecta como en el otro tipo de urnas y la coloración es más opaca, causada tal vez por una mayor absorción de la pintura y un slip menos aislante. El tono predominante es un rojo ladrillo.

Sub clasificaciones. Considerando la decoración en las urnas del primer tipo, podríamos establecer una sub clasificación en: urnas con decoración geométrica y urnas con ornamentación figurada.

En las urnas geométricas, el ritmo decorativo es continuo y su desarrollo es horizontal. Los motivos y la coloración son los habituales en esta cerámica diaguita.

Las urnas de representación figurada son seguramente las más interesantes. Su concepción realista es generalmente antropomorfa en el aspecto más general. De estas figuras, los ojos que ocupan una posición horizontal (en las urnas argentinas estos órganos son comúnmente oblicuos), aparecen marginados por una «ornamentación lacrimal». La nariz no siempre tiene figuración; en cambio, el órgano bucal se representa con diversas formas geométricas: rectángulos y triángulos. La boca suele llevar algunos esquemáticos adornos de líneas quebradas, interpretables como pinturas faciales tatuajes o mostachos. Algunos ejemplares presentan triángulos con ordenación de damero o líneas paralelas cerrando la figura o cara por la posición de la barba. Las orejas se representan al margen de la cara o también en el borde del vaso.

Looser llamó la atención acerca de las caras de las urnas figuradas y expresó que: «esta parte superior está ocupada (en las tres urnas de la colección Cruz Montt) por una

cara fuertemente antropomorfizada». Por otra parte manifiesta que por lo menos en una de ellas ciertas protuberancias en la cara posterior representarían «de un modo muy estilizado la parte posterior del animal (ave) al cual pertenece la cara».

Hay vasos cuya estilización podría considerarse, sin objeciones, antropomorfica; por ejemplo la urna de Copiapó de la colección Espoz (Looser, 1928, fig 2); la urna de la colección Lipschuts, etc. En el caso de la urna piriforme de la colección Zeiler, que incluye extremidades articuladas con 4 segmentos como dedos, observada con detenimiento podemos reconocer esa dualidad representativa, que mencionaba Looser, en dos pequeños apéndices en relieve sobre el borde del vaso y estos son de formas tales, que difícilmente puedan confundirse con los órganos auriculares humanos.

En los ejemplares de Chellepin y Chilcán (Ejemplar 1959 Museo de La Serena) el órgano bucal aparece en relieve, con una extremidad distal o prominencia en el centro del mismo. En sus bordes están figurados esos dientes raleados, característicos en el arte indígena diaguita. Este tipo de órgano bucal, se generaliza en los jarros patos y en determinados vasos de esta cultura como un adorno de la representación realista ornitomórfica.

Toda esta amplitud de detalles, a veces contradictorios y que para seguir enumerándolos tendríamos que coincidir con la descripción de numerosas piezas arqueológicas, nos obliga a suspender un juicio definitivo sobre la identidad de las figuras representadas. ¿Son zoomórficas? ¿Son antropomórficas?

A nuestro juicio, las ubicamos en una eventual identificación zoomórfica pues firmemente creemos mejor expresan una representación figurativa humana de algunas especies animales (antropomorfización), y que en la mentalidad indígena significan un grado evolutivo de antiguos conceptos totemistas.

Dentro de esta concepción de ideas, nos aproximamos a ese animismo que Frazer expresara su existencia como «la teoría de un alma externada del hombre e internada en un animal». (1914. La Rama Dorada. Fondo de Cultura de México. pág. 812.

Medida de la urna de Chellepin.

Altura total: 38 cm.

Algunos autores erróneamente se han referido a una altura de 83 cm.

Altura del cuello: 15 cm.

Altura del cuerpo: 16 cm.

Altura de la base: 7 cm.

Diámetro de la boca: 22.5 cm.

Perímetro tomado bajo el borde: 80 cm.

Contorno tomado sobre las asas: 100 cm.

Contorno de la cintura (tomado en la línea que separa el cuello del cuerpo): 84 cm.

Reproducciones de la figura de la urna de Chellepin—

Esta urna ha sido reproducida abundantemente, a las figuras aparecidas en la Revista Arqueológica de Santiago, y los libros: Los Aborígenes de Chile, Alfarería Indígena Chilena, también se agregaría la ilustración aparecida en las publicaciones: Las influencias chinchas en la alfarería indígena de Chile, Album de tejidos y alfarerías, 1928, Oyarzún Aureliano y Latcham Ricardo E., y Revista de Informaciones—Chile— Año I N.º 1, Agosto de 1941.

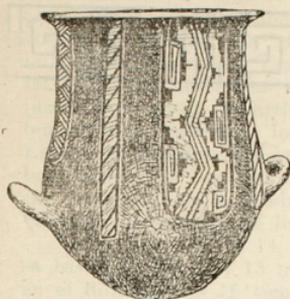
Reproducciones de otras urnas chilenas

Ricardo E. Latcham —1928— Alfarería Indígena chilena. Lám.

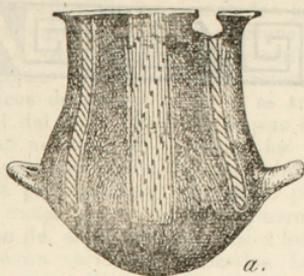
XLIII; Gualterio Looser —1928— Chile— New York. Sept. 1928, figs. 1-2-3; G. Looser —1932— Urnas Fúnebras de greda de estilo diaguita— Rev. Inst. Etnol. de Tucumán, figs 1-2-3; Ricardo E. Latcham —1937— Arqueología de los indios diaguitas— Boletín del Museo de Historia Natural, tomo XVI— pág. 30, figs. 3 y 5; Grete Mostny —1942— Un nuevo estilo arqueológico— Boletín Museo Ha Nat. tomo XX, lám II figs. 1-3-4 5a-5b-7.; Samuel K. Lothrop— The Diaguita of Chile— Handbook of South American Indians— Smithsonian Inst— Bureau of Etn. N.º 143- vol II, Pl. 139- fig. A

NOTAS

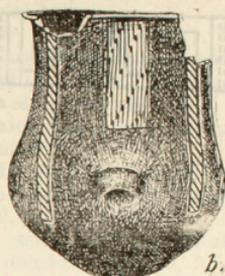
1 Chellepin o Chillepin— Lugar del departamento de Illapel ubicado aproximadamente en 70° 44' y 31° 51'



N.º 1



N.º 2



b.

Urnas del Valle de Elqui

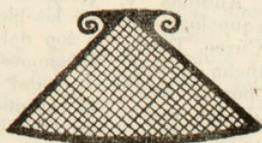
N.º 1 está en el Museo Arqueológico de La Serena con el número 1513. Sus dimensiones son: altura 30 cm.—diámetro en la parte mas angosta 20 cm.

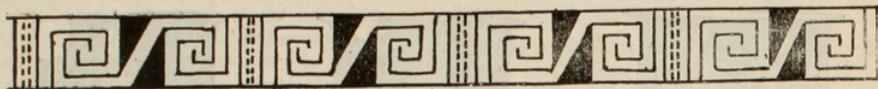
N.º 2 está en el Museo Arqueológico de La Serena con el N.º 1670 dimensiones: altura 28 cm.

boca: 24 cm.

diámetro en la parte mas ancha 23 cm.

diámetro en la parte mas angosta 24 cm.





Influencia incaica en la alfarería diaguita-chilena

Carta del Profesor John H. Rowe

29 de Julio de 1950

Señor

Don Francisco L. Cornely,
Sociedad Arqueológica de La Serena,
Casilla 125,
La Serena, Chile.

Muy estimado colega,

Recién tuve la oportunidad de conocer su importante estudio, «Algunas cerámicas con influencia incaica encontradas en el Valle de Elqui» en el N.º 4 del *Boletín* de la Sociedad Arqueológica de La Serena en un ejemplar que recibí uno de mis colegas. Quiero felicitarle por tan útil y bien presentado trabajo y asegurarle del interés con que se recibe el *Boletín* entre los arqueólogos de este país.

Hace pocos años tuve una oportunidad de estudiar la cerámica inca en el mismo Cuzco, en el curso de unas investigaciones hechas primero por cuenta del Instituto de Investigaciones Andinas y después como profesor de arqueología en la Universidad Nacional del Cuzco. Desde entonces me ha interesado mucho el estudio de la influencia ejercido por el estilo inca sobre los estilos locales de las regiones fuera del foco original, como Puno, Pachacamac, Bolivia, Argentina, Chile y el Ecuador. Tengo la impresión de que hubo muy poca exportación de piezas cuzqueñas bajo el dominio de los Incas y que la mayor parte de las piezas «incaicas» del imperio son imitaciones más o menos exactas de los modelos del conquis-

tador. Al mismo tiempo, es evidente que los incas no persiguieron a los estilos locales, de los cuales muchos duraron hasta el tiempo de la colonia, apareciendo al fin en tumbas con cuentas de vidrio y pequeños artefactos de hierro.

Me ocurrió que tal vez le interesaría mi análisis de la colección ilustrado por Ud. desde el punto de vista de la cantidad y naturaleza de la influencia incaica que muestra. En este análisis, he tomado como modelo ideal del estilo inca la cerámica cuzqueña del tipo que he llamado «Serie Cuzco» (*An Introduction to the Archaeology of Cuzco* 1944).

Las piezas 1 a 4 tienen la forma evidentemente copiada del estilo inca, pero muestran algunas peculiaridades: cuerpo más globular, asas más aplastadas, falta de protuberancia en las piezas 1, 2, y 4. Los motivos dibujados en las piezas 1 y 3 corresponden a la Serie Cuzco pero no los de las piezas 2 y 4. Los números 5, 6 y 7 son del tipo cuzqueño con ligeras modificaciones en las proporciones y en el dibujo del N.º 6, pero el N.º 8 no recuerda la cerámica del Cuzco ni en su forma ni en su dibujos.

Los N.ºs 9 a 12 muestran una forma muy difundida en toda la región andina para platos de comer pero absolutamente desconocida para los cuzqueños de la época imperial, quienes utilizaron de preferencia los platos planos de la forma de los números 13-16. Como Ud. nota muy

acertadamente, los dibujos de los platos campanuliformes corresponden al estilo diaguita chileno. Pero aún las peculiaridades de esta piezas, como las figuras antropomorfas del N.º 9 no tienen ningún prototipo inca. Estos platos tan artísticos deben pertenecer a la tradición local del valle de Elqui, que posiblemente tomó nuevos rumbos, estimulada por los nuevos contactos con pueblos lejanos, posibles por primera vez bajo el dominio de los incas.

Las piezas 13 y 14 son de estilo inca bastante puro. La 15 muestra variantes en el dibujo, y la 16 tiene unos dibujos de estilo local sobre una forma netamente inca. La asita al lado del N.º 16 en forma de cabeza de pájaro es de tipo inca; en cambio el dibujo geométrico sobre otra asa suelta no lo es. Son los especímenes 17 a 19 que más sugieren la fuerza de la tradición local del valle de Elqui. Ud. nota que su forma ha variado de la forma clásica del estilo diaguita chileno, pero esta variación no lo acerca a ningún modelo inca. Evidentemente, las gentes de Elqui

no perdieron su originalidad al ser conquistados por los cuzqueños.

Sumamos: los númeos 7, 13 y 14 son de estilo inca tan puro que podían ser importaciones directas del Cuzco; para saber si se trata de importaciones o de buenas copias locales habría que examinar la pasta, los números 1, 3, 5, 6 y 15 son piezas fabricadas en Chile imitando el inca clásico pero modificándolo ligeramente. Los números 2, 4 y 16 muestran dibujos de estilo local sobre formas incas algo modificadas. Las demás piezas (8, 9, 10, 11, 12, 17, 18, 19) carecen de toda influencia inca en su estilo, aunque en su asociación con piezas incaizantes indica que son también contemporáneos con la dominación inca.

Termino con los saludos más cordiales, y quedo de Ud.

Su seguro servidor

John H. Rowe

Profesor de arqueología sudamericana

Notas Bibliográficas

JORGE IRIBARREN CHARLIN.— «Notas preliminares sobre la dispersión continental de un adorno del labio en los pueblos aborígenes, el bezote, labret o tembetá».

PROF. O. F. A. MENGHIN.— «Arqueología del bezote en el viejo mundo».

Este es el título del libro, que nuestro consocio y Director D Jorge Iribarren Ch. acaba de editar.

Impreso en una pequeña imprenta de Ovalle, su presentación es sin embargo sólida con 114 páginas de texto en buen papel y once láminas en papel especial además una y un tercio páginas de ilustración en la introducción, escrita por el eminente investigador el profesor O. F. A. Menghin.

En la introducción el Prof. Menghin pasa revista sobre los hallazgos del bezote arqueológico en el viejo mundo y dice:

«El problema que se enuncia con la pregunta si es posible tender un puente arqueológico entre las actuales áreas de difusión del tarugo—labial (Lippenpflock) en África y en América, puede ser contestado positivamente, a pesar que no se han realizado investigaciones sistemáticas sobre el tema. Anteriormente, ya en mi

«Weltgeschichte der Steinzeit», Viena 1931 he dado a conocer una cantidad de puntos de apoyo sin haber procedido a hacer una separación esmerada entre piezas para insertar en el labio, la oreja y la nariz, porque en aquel trabajo extenso era naturalmente imposible entrar en semejantes detalles.

El tema obtiene ahora, por las investigaciones del señor Iribarren Charlin, un interés histórica cultural especial y así me permito volver sobre el asunto en forma mas detallada a pedido suyo...»

El libro del señor Iribarren que tenemos a la vista corresponde seguramente a un anhelo de numerosos investigadores e interesados en los estudios etnológicos y arqueológicos porque en él encuentran un material abundante sobre esos adornos labiales y su dispersión en América, llenando así una laguna en la literatura de arqueología americana.